

1.4. ALGO MAS QUE MAESTRO*

FELIX ORTEGA

Gustaba nuestro maestro decir de sí mismo que él sólo era maestro. Y ciertamente si alguien puede recibir con justicia ese título, es él. Para cuantos de nosotros hemos sido y seguimos siendo discípulos suyos, no hay otra palabra mejor para significar el papel que su vida ha supuesto para las nuestras. En él reconocemos no a un mero profesor, sino a una persona de la que por haber recibido enseñanzas de especial valor, no podemos sino referirnos a ella con afectuoso respeto y justa consideración. Maestro porque sus excepcionales dotes pedagógicas nos posibilitaron superar nuestras propias limitaciones. Maestro porque nos abrió horizontes insospechados. Maestro porque su trayectoria ha sido un modelo de referencia constante y orientador para quienes hemos tenido la suerte de recibir su influencia.

Todo esto sería motivo sobrado para que nuestro reconocimiento fuese intenso y perpetuo, como lo es. Mas es insuficiente. Porque limitar la acción de este maestro a la mera formación escolar y académica, siempre con éxito, de unas cuantas generaciones de jóvenes, aun siendo importante, no considera ni valora adecuadamente los efectos de su actividad en nuestro pueblo.

* Este texto es un análisis en el que se combinan el estudio de un caso con el método biográfico. A partir de la acción pedagógica llevada a cabo por un maestro, *D. Jesús Martín Gallinar*, en un pueblo toledano (Cebolla), en el período que va de 1946 a 1967, se ponen de relieve algunas de las virtualidades desempeñadas por la escuela rural. Dentro del contexto, bastante generalizado, de un sistema escolar empobrecido, algunos maestros rurales supieron ejercer una acción positiva que trascendió los muros escolares y tuvo efectos sobre el conjunto de la estructura social rural. Contribuyeron, así, a su transformación y modernización. Junto con la singularidad del caso aquí estudiado, nos hallamos también frente al papel de agente social de primer orden que para la sociedad rural de postguerra supuso la escuela. En fin, con este texto tratamos de mostrar que los problemas sociales son, como pensaba C.W. Mills, la intersección de la biografía, con la historia y las estructuras sociales. De este modo, es posible salir del holismo metodológico y devolver a los sujetos sociales concretos su protagonismo.

Quizá deslumbrados por los resultados, llamativos y espectaculares, de sus clases sobre un nutrido, pero fácilmente identificable, número de paisanos nuestros, no hemos caído en la cuenta de otras consecuencias menos personalizables pero probablemente más decisivas para el conjunto de este pueblo. Existe, eso sí, una conciencia colectiva, si bien de perfiles poco definidos, de que aquel período tuvo una relevancia especial para los cambios y transformaciones que ha conocido nuestra pequeña comunidad. Y que un factor clave para entender estos últimos lo ha sido la escuela de este maestro.

¿Es necesario, a estas alturas, plantearse qué ha supuesto nuestro maestro para nuestro pueblo?. ¿Acaso alguien discute su ingente tarea y no se le rinde la consideración que se merece?. Por supuesto que nadie deja de prestarle su estima a la hora de atribuirle toda suerte de efectos beneficiosos en el terreno de la enseñanza. ¿Pero sólo en este ámbito?. O si se quiere, ¿acaso su acción pedagógica no trascendió los muros de la escuela y se proyectó sobre el conjunto de nuestra comunidad?. Es este tipo de influencia más global de la que voy a ocuparme a continuación, ya que pienso que es tan importante como la otra y, además, inseparable de ella. De esta manera, será posible comprender que nuestro maestro no lo es sólo de unos cuantos discípulos aventajados, que también lo es, sino maestro de todo un pueblo. Es decir, ha sido por derecho propio un *líder social* capaz de encauzar la suerte de amplias generaciones de jóvenes, y con ello de orientar e imprimir un rumbo determinado a nuestra comunidad.

UN ENCUENTRO SINGULAR Y FECUNDO

Como tantas de las cosas relevantes que acontecen en la vida humana, la aparición de este maestro en nuestro pueblo fue un hecho fortuito. Aquí llega procedente de otras y lejanas tierras (su Castilla la Vieja natal), en las que se formó e inició en el ejercicio profesional. Igualmente sus lazos afectivos se establecieron en aquel ámbito social. El destino administrativo, un concurso, permite que en los comienzos del curso 1946 se instale entre nosotros. Las secuelas de la Guerra civil eran aun evidentes, sobre todo en la escasez económica y muy en particular en la penuria escolar. Ser maestro por aquel entonces no era precisamente un oficio fácil: poco y mal remunerado, un status social discutido y una carencia muy acusada de medios para desempeñarlo con eficacia.

Cuando inicia sus primeros pasos para incorporarse a las escuelas de nuestro pueblo, todo parecía indicar que su suerte sería la de tantos otros maestros. Dificultades para facilitarle el Ayuntamiento una casa (que de ínfima calidad, tarde y a regañadientes acaba por proporcionarle), actitud típica ante el funcionario que viene de fuera y es visto como alguien que sólo va a aprovecharse del pueblo; lo que permitía pronosticar una fugaz estancia entre nosotros. Dificultades económicas debidas a que el sueldo oficial resultaba a todas luces insuficiente para sobrevivir; que le podrían haber llevado a simultanear otros trabajos o a dar algunas clases como un simple recurso para subsistir. Dificultades escolares, originadas tanto por el abandono en que el nuevo régimen político había dejado el sistema escolar, como por la poca atención municipal dedicada a las escuelas; que objetivamente inclinaban al fatalismo y a la rutina.

Mas nada de lo previsible por posible ocurrió. La permanencia de este maestro en nuestro pueblo duró hasta 1967; esto es, cuatro largos lustros, que son los comprendidos entre sus 35 y 56 años, esto es, el período de madurez de una persona, que en su caso es la etapa más larga y fecunda de su vida profesional y familiar. Durante este tiempo, no simultaneó la docencia con nada, sino que hizo de ella su trabajo como forma de vida, como pasión y vocación. Y de la necesidad hizo virtud: aquella destalada y abigarrada escuela se convirtió en un centro en el que la razón cultivada con rigor, pero también con sentimiento, superó las limitaciones materiales y produjo insospechados y positivos resultados.

¿A qué hemos de atribuir estos contradictorios resultados? ¿Cómo explicar los éxitos de una actividad que no se puede calificar sino de "pedagogía de lo imposible"? La razón primera reside en el propio maestro. Su formación inicial, que incluía la asistencia a las clases del denominado "Plan profesional" de la República, y una profunda motivación pedagógica, hacían de él un sólido y responsable profesional. Su perfil encaja más con el del genuino profesional, que con el del "maestro-misionero" que se suele atribuir a los maestros de su época. A estos últimos sólo se les reconoce un papel moralizador, en gran parte al servicio de la ideología propia de entonces. Mas no era éste el caso. Sus cualidades y competencia se fundamentaban sobre todo en *saberry en saber enseñar*. Atributos que eran el resultado de su entrega sin reservas al oficio y de un esfuerzo permanente por asimilar y actualizar conocimientos y métodos eficaces. Eso sí, todo ello integrado en

una sólida personalidad moral, capaz de distanciarse de los poderes políticos y religiosos cuanto fuere menester en defensa de sus ideales profesionales y humanos. Este es el fundamento de la indiscutible *autoridad profesional y moral* que progresivamente alcanzó en nuestro pueblo, y que iba a proporcionarle un amplio margen de maniobra. Hasta el punto de que será difícil que alguna otra persona vuelva a tenerla en la misma medida que él la tuvo.

De este modo, el predecible curso de los acontecimientos de acuerdo con los materiales con que contaba al llegar, cambió radicalmente. Las dificultades, aunque no eliminadas, no entorpecieron un trabajo que, en sus primeros resultados, anunciaba las potencialidades contenidas en la acción de una persona singular. Arranca así un largo ciclo de “años prodigiosos” para nuestras escuelas. Primero en el edificio de la plaza, donde su acción discurre en solitario. Más adelante, en el nuevo edificio escolar, donde aglutina y arrastra bajo su dirección a profesores recién incorporados, en un proyecto educativo innovador. Multitud de alumnos, bien asistiendo exclusivamente a la enseñanza primaria, bien prolongándola en el bachillerato o los estudios de Magisterio (y, fuera ya del pueblo, en la Universidad), muestran la eficacia de un sistema educativo cuya responsabilidad hemos de atribuir a la excepcional personalidad humana y profesional de un hombre de ideas y de acción.

Ahora bien, la actividad de este maestro no se realiza en abstracto. Se halla inmersa en un contexto social, con sus peculiaridades, que en parte la condicionaban y en parte la potenciaban. La configuración social de nuestro pueblo, y la época que coincide con su estancia entre nosotros, fueron factores muy positivos para favorecer su trabajo. Superados los primeros inconvenientes antes aludidos, nuestro pueblo va a ser para él un medio altamente estimulante. Es verdad que este maestro ha destacado siempre allí donde ha desempeñado su tarea; pero las condiciones que le brindó nuestro pueblo han sido un poco irrepetibles. Porque en nuestra comunidad se daba un conjunto de particularidades que favorecían sus empeños educativos como en ninguna otra parte. Veámoslas.

Nuestro pueblo tiene unos orígenes poco y mal conocido. Quizá esa fuese la voluntad de sus primeros moradores. Estos se asentaron en un espacio naturalmente poco privilegiado, una vanguarda llena de terraplenes (las “frogas”), pero socialmente muy atractivo: en él la vida podía iniciarse *ex novo*, sin tener que aportar prueba de los orígenes de cada uno, en un tiempo donde las

pruebas de pureza de sangre y de castellanía vieja estaban a la orden del día. Esta cualidad original resultaba particularmente decisiva en la zona geográfica en que surge este nuevo asentamiento en el siglo XVI, fuertemente castigada por el celo ortodoxo de la Inquisición. La consecuencia de esta impronta fundacional será que nuestra comunidad se ha venido organizando en torno a un tipo particular de "mestizaje": abundan apellidos topónimos, la lengua castellana adopta un "habla" particular propia de quienes han aprendido mal y tardíamente el idioma y los santos, vírgenes y tradiciones más emblemáticos proceden de otros lugares. Es por tal razón la nuestra una comunidad que no puede invocar demasiadas tradiciones, ni establecer largos linajes genealógicos. Pero en esta falta de fuertes y densos vínculos con un rígido y ortodoxo pasado, reside gran parte de las cualidades positivas de nuestro pueblo. Ha sido, por lo general, un lugar más liberal que conservador, de convicciones poco intensas y escasamente activadoras de conflictos, como se demostró en la Guerra civil y en la postguerra al protegerse y prestarse apoyo los diversos bandos enfrentados. Sus fiestas religiosas, incluso, han tenido siempre un carácter más pagano que sagrado, y de ahí la participación en las mismas con igual "fervor" de creyentes y no creyentes. Sus muros han sido acogedores para los forasteros, como no podía ser de otra manera en un entorno en el que casi todos lo eran. Las innovaciones han gozado entre nuestras gentes de una acogida mejor que en otras partes (si exceptuamos el ferrocarril, aunque su rechazo tal vez sea atribuible más a razones de propiedad privada que de deseos colectivos). Sin lazos feudales, que no conoció, y sin la presencia de aristocracia, que podría haber construido una estructura social fosilizada, nuestro pueblo ha ofrecido un sistema de estratos sociales poco articulado que favorecía la movilidad social; una *comunidad abierta* y, por lo mismo, susceptible de transformarse intensamente a impulsos de quien se lo propusiera activa y sistemáticamente.

Este es el marco social en el que nuestro maestro despliega su ejercicio profesional. Una persona competente, rigurosa, entregada y creativa encuentra su correlato social en un pueblo con un tejido social muy permeable y deseoso de sobreponerse a las adversidades provocadas por el enfrentamiento civil. La convergencia de estos dos elementos va a tener lugar en la escuela. A ella llegarán, como materia bruta, los retoños de nuestro pueblo; de ella saldrán, como sujetos coherentemente formados, cohorte tras cohorte de jóvenes que inyectarán a la vida del pueblo espe-

ranzas y recursos renovados. El proceso resultó posible, en definitiva, por la competencia de un maestro y la confianza y el apoyo que un pueblo le prestó.

La escuela se convierte así en un foco de dinamismo cultural y social sin precedentes en nuestro pueblo y, me temo, sin posibilidad de repetirse en el futuro. De ella y cuanto en ella emprendió este maestro, se derivaron consecuencias de primer orden para las transformaciones que en el pueblo se dieron, así como para la fisonomía actual de sus gentes. En virtud de esta empresa pedagógica, se producen tres procesos simultáneos y convergentes: (1) un *fuerte incremento de las oportunidades de promoción social y de reconversión y cualificación profesional* de amplios estratos sociales; (2) una *apertura de los horizontes culturales y sociales* que genera un sistema de valores universalistas, y (3) la creación de unas *señas de identidad específicas* ligadas a la solidaridad derivada de sentirse partícipe de un mismo linaje cultural. Analizaré separadamente cada uno de estos tres procesos, para mejor comprender el alcance estructural de la acción pedagógica de nuestro maestro.

PROGRESO SOCIAL Y ECONOMICO

A la llegada de este maestro, el sector básico de la economía de nuestro pueblo era la agricultura, si bien con ella coexistían otras formas de actividad, tales como el comercio y el artesanado, más minoritarias. Todas ellas eran formas de producción preindustriales, y necesitaban de una escasa formación y entrenamientos profesionales para llevarse a cabo. Predominaba la educación informal, propia de sociedades tradicionales y de oficios artesanales, sobre la escolar. Acorde con estos fundamentos económicos y culturales, las clases sociales se constituían en torno a la agricultura. Así, la clase alta, representada sobre todo por una acumulación de capital primitivo de índole especulativo, era sobre todo la de los grandes propietarios rurales; aunque también incluía profesiones liberales o semiliberales (funcionarios públicos) muy ligadas a la propiedad rural. Este grupo era también el que participaba del capitalismo financiero de la época. Era también el que tenía acceso a los estudios, diferentes de la escuela primaria y que se cursaban fuera de la localidad.

Por debajo de ellos se situaba una emergente clase media, preferentemente rural, constituida por propietarios con explotaciones unifamiliares, que hasta fines de los años cincuenta man-

tienen una estable posición social gracias a la acumulación dinera-ria que permitía la autarquía económica. Pero ya en los finales de esta década, se inicia su declive como consecuencia de la liberalización económica y sus secuelas de congelación de precios agrarios y encarecimiento de la mano de obra. Todos ellos, o sus hijos, acabarán reconvirtiéndose a otras actividades profesionales y económicas. También pertenecen a este sector funcionarios medios, pequeños comerciantes y algunos artesanos. Estos últimos se verán sometidos también a profundos cambios que les llevarán a abandonar sus actividades o a transformarlas en industriales.

Finalmente, el estrato social menos acomodado, constituido por obreros agrícolas, empleados públicos de baja cualificación y pequeños artesanos. Todos ellos dependientes fundamentalmen-te de la clase alta y con una posición económica y social muy vul-nerable. Y que por lo mismo aspiran a conseguir mejoras que tan sólo podían provenir de una mejor cualificación educativa de sus hijos.

En tal contexto, la tarea pedagógica de un maestro razonable-mente capaz se habría limitado a dos objetivos: apoyo a la acción pedagógica que colegios e internados privados efectuaban sobre los hijos de las clases altas, y enseñanza de una cultura general en la escuela, quizá complementada con algunas clases particulares a los hijos de las clases medias, destinada a prepararlos para oficios no manuales de tipo administrativo. Pero nuestro maestro estaba dotado de cualidades muy por encima de lo común; en él se con-tenían las virtualidades del sistema escolar en su conjunto, desde el ciclo más básico al más elevado. Y, además, su *altruismo* perso-nal, basado en las recompensas morales y en la satisfacción del trabajo bien hecho, le convierten en un ejemplo excepcional de promotor social que trasciende las limitaciones impuestas por las desigualdades económicas.

Ciertamente, sus primeros pasos en el pueblo no podían sino adaptarse a las características del entorno. Nuestro maestro aun no había sembrado su semilla en la escuela y, por lo mismo, las enseñanzas que impartía más allá de la escolaridad primaria te-nían por destinatarios a aquéllos que estudiaban el bachillerato, esto es, los hijos de los más acomodados. No podía ser de otro modo. Estudiar era entonces un bien escaso, que muy pocos po-dían afrontar económica y psicológicamente. Era necesario salir fuera del pueblo y, además, convencerse de que estudiar era una opción deseable y útil. Y esta modificación en las *oportunidades rea-les* y en las *expectativas sociales* vendrá de la mano de nuestro maes-

tro. Prontamente, gracias a su trabajo en la escuela, a su competencia y entrega, mostrará que el tiempo pasado en la clase no es una rutina sinsentido, un pérdida de tiempo; que allí se hacen cosas importantes, y que, sin duda, *quien vale puede demostrarlo y proponerse objetivos educativos y personales más ambiciosos, sean cuales fueren sus orígenes familiares*. Se rompe así el círculo maléfico del medio rural (a saber, que su mejora o superación sólo puede realizarse fuera de él) para insuflarle gran parte de las posibilidades que hasta entonces se reservaban al medio urbano o a las clases más acomodadas. Reconocida su autoridad cultural gracias a su labor en la escuela y en la educación de adultos, nuestro maestro iniciará prontamente una intensa y extensa acción de promoción social a través de generar expectativas educativas y cumplir con ellas en todos los estratos sociales. Y ello no sólo ni preferentemente en las clases particulares, impartidas fuera del horario escolar, sino muy principalmente en éste. Ya que en el desempeño de su profesión no hay solución de continuidad; la escuela primaria era la base desde la que este maestro removía todos los obstáculos, la que se erigía en base de todo el proceso posterior y lo acompañaba continuamente. Estudiar bachillerato o magisterio no era marginarse de la escuela, sino integrarse más profundamente en ella.

De este modo, la escuela —y digo bien “la escuela”, y no las clases— era el crisol en el que se fundían sus saberes y las aspiraciones sociales. Porque en una comunidad en la que, como antes señalé, la estructura social era muy permeable, las motivaciones de logro y mejora social difícilmente se habrían materializado sin haber dispuesto de un medio capaz de ello. Estas aspiraciones, probablemente no habrían aparecido sin el eficaz estímulo que era la escuela de nuestro maestro. Pero de haberse dado, sin duda alguna habrían resultado de imposible satisfacción de no ser por su eficaz competencia profesional.

En consecuencia, el sistema de educación de este maestro englobaba y permitía todas las opciones escolares previas a la Universidad. Asimismo, ofrecía oportunidades muy similares a todos los estratos sociales del pueblo. Si el “estudiar”, como actividad distinta de ir a la escuela, había sido un privilegio de unos pocos, ahora va siendo también una oportunidad al alcance de todos. Porque estudiar no es ya una actividad desligada de la escuela, y porque otras opciones distintas de la escuela son posibles dentro de la propia escuela. Podríamos afirmar que a partir del momento en que se reconoce socialmente la autoridad cultural del maestro, las limitaciones están no en las oportunidades (que la escuela

era capaz de ofrecer en su globalidad), ni en los recursos económicos (estudiar era ahora más barato que hacerlo bajo cualquier modalidad de enseñanza gratuita), sino en las expectativas psicológicas de cada niño y de su familia. Todo dependía de los proyectos que los padres formulaban para sus hijos. Y también en este nivel nuestro maestro tuvo gran capacidad de persuasión. No pocos niños, destinados inicialmente a seguir la senda laboral del padre, pudieron superarla gracias a la influencia por él ejercida en las familias, sobre las que tuvo siempre un incontrovertido ascendiente moral.

Se pone en funcionamiento, por tanto, un proceso de meritocracia escolar que de modo acumulativo provoca en el pueblo una altísima tasa de estudiantes, de primaria y de enseñanzas medias, estas últimas cursadas "por libre", con unos resultados sorprendentes por su brillantez. Si ha existido en algún lugar una exemplificación modélica de lo que es movilidad social basada en los logros escolares, ésta ha sido la escuela de nuestro maestro. El rasgo estructural más acusado de este período es que en nuestro pueblo había una correspondencia casi perfecta entre aspiraciones y medios para hacerlas realidad: bastaba con incorporarse al poderoso circuito escolar foementado por nuestro maestro.

Ahora bien, este proceso, que de entrada parecía afectar casi exclusivamente a las personas individuales que estudiaban, tenía, no obstante, efectos sustantivos sobre la estructura social y económica del pueblo. En primer lugar, iba alterando progresivamente el sistema de estratos sociales. A medida que se agotan las posibilidades de crecimiento económico fundado en la agricultura, no es la posesión agraria ni son las rentas los medios principales para asegurar la posición social. La industria, los servicios y las profesiones técnicas y altamente cualificadas se van convirtiendo en los pilares del nuevo orden económico. Estos cambios, que comienzan a producirse en la sociedad española a mediados de los años cincuenta, tienen su traducción a pequeña escala en nuestro pueblo. En efecto, la agricultura se ve sometida a una profunda crisis, que si empieza por afectar a las clase medias agrarias se desplaza después a los grandes propietarios y rentistas, que ven cómo su capital se devalúa rápidamente. Las consecuencias lógicas de tales transformaciones para el pueblo tendrían que haber sido el despoblamiento y la reconversión de gran parte de sus habitantes o en míseros agricultores o en obreros de la industria. Sin negar que algunos siguieron estos derroteros, hay que reconocer que no fue ese el destino de la mayoría. Y ello debido a alta cualifica-

ción de los recursos humanos que entre nosotros se había dado como resultado de la acción de la escuela. Sin desdeñar, por supuesto, la gran capacidad innovadora de nuestro pueblo, acorde con esa organización social flexible y escasamente rutinaria que le caracteriza. Mas sin duda fue sobre todo la cualidad de sus gentes, formadas en un ambiente escolar excepcional, la que le facilitó el recurso más eficaz para afrontar la crisis agraria y la posterior reorganización económica y social.

Esta cualificación profesional debida a la escuela de nuestro maestro ha sido de dos tipos. De un lado, la que corresponde a cuantos adquirieron una titulación escolar superior que les llevó a migrar del pueblo; o al menos, a tener que ejercer su trabajo en otro lugar. En tal caso, el que más se suele reconocer cuando de se habla de nuestro maestro, las repercusiones para el pueblo afectan sobre todo a su sistema de clases. Se trata casi siempre de personas adscritas a las clases medias o poco acomodadas del pueblo que han ascendido socialmente, pese a que las bases económicas de sus familias de origen, en muchos casos, se hayan derrumbado. En virtud de este ascenso, la aportación de nuestro pueblo al conjunto de las nuevas clases medias aspirativas y a las clases dirigentes de la década de los setenta y siguientes, ha sido muy importante, en términos relativos, claro está. Y este grupo, con el peso numérico y cualitativo que tiene, es impensable sin la influencia modeladora del maestro al que nos estamos refiriendo.

Pero gran parte de sus discípulos y estudiantes o no salieron de o regresaron al pueblo. A ellos les ha correspondido protagonizar su modernización económica y social, configurando un nuevo orden de clases sociales en donde, al menos inicialmente, la inteligencia y la voluntad han sido factores de primer orden. Detrás de ellas, haciéndolas posibles, estaba el sedimento cultural de la escuela que frecuentaron. Porque aquella escuela, como diré a continuación, se preocupaba de su entorno, tratando de explicarlo y racionalizarlo; pero también de entenderlo no como un mundo cerrado sobre sí mismo, sino abierto a otras posibilidades. Esta escuela proporcionaba, en suma, un consistente desarrollo de la razón y un horizonte dilatado de posibilidades personales y colectivas. Nada de extraño tiene, por tanto, que sus "productos" humanos hayan sido muy capaces de afrontar con éxito una radical transformación de sus modos de vida.

NUESTRO PARTICULAR “RENACIMIENTO”

La escuela de nuestro maestro ha sido un centro de civilización de primer orden, para sus habitantes y para una considerable zona de influencia constituida por varios pueblos de su entorno. En ella y a través de ella sucesivas generaciones de niños y jóvenes pudieron aprender el valor de la cultura, la importancia de la razón en los asuntos humanos y la multiplicidad de proyectos vitales que cada persona tiene a su disposición. Todos asimilamos en ella que se podía estudiar más, pero también ser de otra manera. Y si lo primero redundó en grandes logro educativos, lo segundo permitió a cada sujeto inspirarle un elevado grado de confianza a la hora de encarar su futuro.

No llegó este maestro en un momento de esplendor, sino de depresión social. Y, sin embargo, con recursos modestísimos, supo construir un sólido edificio cultural capaz de atraer a propios y foráneos y de ejercer una impronta perdurable. Durante su ejercicio profesional entre nosotros, se modeló un nuevo clima social caracterizado por el impulso a mejorar y a superarnos, individual y colectivamente. El cuerpo social de la localidad comenzó a ser recorrido por una nueva savia vitalizadora que hizo florecer aventuras y empeños antes desconocidos. Y todo ello sin rupturas con las tradiciones, sino incorporándolas y dándoles otro sentido y una proyección más amplia.

Esta aumento del tono vital que se detectaba por aquel entonces se plasmaba en al menos tres dimensiones: el crecimiento de las expectativas, la superación de las adscripciones vinculadas al origen familiar y geográfico y el universalismo cultural.

Las oportunidades reales de ascenso social comentadas en el apartado precedente, desembocaron en una silenciosa revolución de aspiraciones crecientes. Pero no se entienda tal aserto en un sentido limitado, circunscrito al mero campo de las expectativas materiales. Porque en el caso de este maestro, la primera y fundamental aspiración que se aprendía y convertía en principio rector de nuestras personas, era la de no tener límites en cuanto a conocer se refiere. Despertado este afán por la búsqueda del conocimiento, resultaban congruente con él dos actitudes: el deseo de saber y la pérdida de cualquier temor ante las dificultades, siempre salvables, planteadas por las exigencias escolares. Si por la primera la cultura no era vista como una imposición, muy al contrario, venía a ser un medio de abrir horizontes y trascender las limitaciones personales, por la segunda se llegaba al convencimiento

de que ningún obstáculo en la carrera académica podía ser insuperable si se razonaba y se trabajaba metódicamente. Por todo ello, la socialización de esta escuela contenía un impulso de largo alcance: generaba un estable hábito de frequentación con la cultura y predisponía a ir más allá de los límites escolares. Así se explica que no pocos de sus discípulos, animados por este caldo de cultivo, prosiguieran los estudios ya no bajo su directa dirección, pero apoyados en las bases sólidas (culturales y motivacionales) que él les proporcionó.

Mas para que estas expectativas no se frustraran, y realmente no se frustraron, se necesitaba remover un serio escollo: el que procedía de los condicionamientos propios de la adscripción, del origen social. Nuestro pueblo, lo hemos afirmado con anterioridad, tenía una situación económica bastante crítica tanto al llegar nuestro maestro como durante buena parte de su permanencia en él. Los intereses familiares, propios de este tipo de ambiente económico, eran excesivamente pragmáticos y en ellos el estudio ocupaba un lugar secundario. Había que vencer las resistencias del entorno para que no se produjera un rápido abandono de la escuela, y para que los niños mejor dotados prosiguieran en ella incluso más allá del tiempo obligatorio para que pudieran acceder a estudios algo más elevados. Se necesitaba, en definitiva, eliminar un cierto fatalismo desarrollado por los grupos sociales menos favorecidos o menos aspirativos, y sustituirlo por la confianza conjunta en la acción escolar y en la valía personal. Nuestro maestro lo consiguió. Muchos padres depositaron en sus manos el destino de sus hijos. El cual pasó a depender de lo que eran capaces de realizar en la escuela, y relativamente poco de los medios o aspiraciones familiares. Ello fue posible porque nuestro maestro era un líder que suscitaba un amplio consenso; pero también porque fue capaz de cambiar los códigos valorativos de nuestro pueblo: *la cultura que en la escuela se transmitía era por sí sola un bien deseable*. No sólo ni especialmente porque podía eventualmente contribuir a mejorar el destino personal, sino esencialmente porque tal cultura podía permitir encarnar formas de vida superiores, como la que el mismo maestro personificaba. Esto es, la cultura antes como estilo de vida que como medio para fines utilitarios.

Remoción de limitaciones familiares que no podía sino redundar en fuertes convicciones en las posibilidades de cada sujeto y en una superación del convencionalismo social. Se genera así un consistente *personalismo creativo*, posible por haber desplazado

la función socializadora de otros ámbitos más limitados (familia y grupos de amistad) a una escuela que potenciaba al máximo las valías individuales. Escuela que se erige en una instancia de la que surgen personalidades de rasgos bien definidos y consistentes; con renovadas motivaciones capaces de proporcionar a su comunidad una configuración cualitativamente distinta de aquélla que sus padres les habían transmitido. Con ello, además, emergió una nueva moral pública basada en la *autonomía personal* y en la *responsabilidad* como ejes en torno a los cuales tenía lugar el desarrollo individual y la construcción de una forma de vida social.

Si consideramos globalmente todas estas características, hemos de reconocer que constituyen una modalidad de *humanismo*. Y no otra cosa que humanistas fueron las acciones emprendidas en esta escuela, así como los resultados derivados de ellas.

Es en el terreno cultural donde la contribución de nuestro maestro a la vida del pueblo tiene significados y ramificaciones más decisivos. Y es que su labor educadora era de naturaleza bien distinta a la limitada y burocrática concepción de la escuela, de ayer y de hoy. Desplegada en todos los ámbitos de la personalidad y *desbordando el recinto escolar*, la cultura se convirtió en un elemento consustancial con el desarrollo individual y el acontecer social. Aprender era una actividad total y por lo mismo estimulaba todos los resortes del ser humano. Y era también un medio de trascender los límites particulares de la persona o del pueblo para ponérse en contacto con aquello de más valioso que la Humanidad ha ido creando. Para apropiárselo y después, sólo después, recrearlo. De este modo, la experiencia particular, limitada y estrecha, quedaba iluminada por el acervo colectivo. El horizonte se dilataba y el mundo podía ser representado de otros modos, bajo múltiples perspectivas. Este clima es el que hace de su escuela un ambiente *cosmopolita*, en un momento caracterizado por todo lo contrario. Y ello sin renunciar a preocuparse por cuanto la rodea: en aquella escuela era posible entender mejor nuestro pueblo y nuestra gente porque los situábamos en un contexto más amplio. Este tener en cuenta a los *otros* era la condición indispensable para desarrollar la tolerancia. Y aprendimos a ser tolerantes, sin por ello renunciar a las convicciones personales.

La cultura, en definitiva, se expresaba de manera omnilateral: era la del estudio, pero también la diversión; era aprender cosas, pero también llevarlas a la práctica; era desarrollar la inteligencia y la memoria, pero también cualidades manuales; era el análisis de los principios y la lógica, pero también el fomento de actitudes

cívicas. La escuela representó un estilo de vida global, que incluía horas de estudio, así como construir jardines, viajar, hacer exposiciones, competir deportivamente, escenificar obras de teatro, formar rondallas y tantas otras cosas.

Por todo ello, nuestro maestro y su escuela, se han incorporado al patrimonio común del pueblo, convirtiéndose en su más reciente, pero no menos importante, tradición.

UNA SEÑA DE IDENTIDAD COLECTIVA

Nuestro pueblo tiene, como cualquier otro, un conjunto de elementos que le proporcionan una determinada identidad: el territorio, un nombre, experiencias y sentimientos compartidos. Todos ellos construyen vínculos, sobre todo emocionales, difícilmente racionables y próximos a la solidaridad mecánica propia del tribalismo. El apego a la tierra y a la sangre son datos primarios en los que nuestra razón y nuestra voluntad no han intervenido. Y por lo mismo pueden despertar sentimientos muy intensos o pueden debilitarse con la simple lejanía geográfica. Bien es verdad que en el caso de nuestro pueblo, no tan distinto de otros pueblos en este sentido, el patriotismo local está muy extendido y por lo general no se mitiga con la distancia.

A estos lazos comunes y heredados del pasado, hemos de añadir otro, más reciente y de procedencia bien distinta. Me refiero al legado de nuestro maestro. El mismo se ha superpuesto al resto de vínculos colectivos y se ha convertido en un elemento personal de fortalecimiento de nuestras filiaciones sociales.

También en este caso, una de nuestros símbolos colectivo más importante procede de *afuera*; pero le recordamos especialmente por lo que ha hecho *dentro*. A diferencia de nuestras otras tradiciones, ésta se ha ido configurando en nuestro medio social. Por su proximidad, es un referente social muy ligado a sus protagonistas, aun vivos. Mas parte de lo que estos protagonistas conocieron e hicieron ha comenzado a objetivarse y a independizarse de sus vidas para venir a ser una institución propia y claramente diferenciadora de nuestra comunidad en relación con otros pueblos.

¿Cuáles son los elementos que constituyen este nuevo símbolo colectivo? No hay duda alguna que por su inmediata y directa adscripción a nuestro pueblo, se trata de un elemento estrictamente localista. Gracias a él, todos cuantos asistimos a su escuela nos sentimos partícipes y solidarios de una experiencia común.

Por más que pertenezcamos a generaciones muy diversas, e incluso no nos conozcamos personalmente. El lazo de unión es el mismo, el maestro, y basta invocarlo para sentirnos integrados en un mismo grupo. Sentimiento que también es común en aquellos que no siendo de nuestra comunidad, a ella vinieron para estudiar. Este es un valor sobreañadido al localismo, que no se confunde sin más con nacer o vivir en el pueblo, sino con lo que *se hizo* en él durante un cierto tiempo de nuestra vida. Y este recuerdo, irrepetible y valioso, ha comenzado a transmitirse a quienes no tuvieron acceso directo al mismo como un hecho específico de la particularidad de nuestro pueblo; como un signo de distinción privativo.

Decía que este rasgo de nuestro pasado más inmediato no puede asimilarse con nacer o vivir en el pueblo sin más, y conviene subrayar esta singularidad de las señas de identidad proporcionadas por nuestro maestro. Su legado lo forman ideas y creencias muy poco particularistas, en nada aferradas a poner de relieve solamente lo que nos separa y diferencia de los demás. Por el contrario, la clave de la cultura por él propiciada, sin soslayar las particularidades de nuestro entorno, reside en poner el énfasis en valores universales; en aquéllo más digno de ser compartido por todos los seres humanos. Era y es por lo mismo una cultura *abierta* y *plural*, nada excluyente y sí muy receptiva a cuanto puedan enseñarnos quienes no pertenecen a nuestro grupo, clase o pueblo. Es la explicación, además, de su éxito educativo: no cerrar ni agotar nunca las posibilidades de aprender.

Se trata, por tanto, de una señal de identidad dual: se halla indisolublemente unida a nuestro pueblo, pero sus contenidos nos remiten a un orden de valores situados en los mejores legados ilustrados de Occidente. Y es también una señal *dinámica*, lo que la hace ser creadora e innovadora. Porque a diferencia de las tradiciones sin más, que prescriben rituales que se repiten sin aportar prácticamente nada nuevo, la herencia cultural que nos ha dejado nuestro maestro es una invitación a mejorar, a superarse y a estar favorablemente predisposto a acoger cualquier conquista cultural significativa, mas sin por ello renunciar al pasado y a sus resultados más positivos. Este equilibrio entre pasado y futuro, entre localismo y universalismo, entre conservar e innovar es, a mi entender, un rasgo positivo del pueblo que le debemos a nuestro maestro.

De ahí que este maestro signifique para nosotros algo más que un maestro, ya que no sólo nos ha enseñado cosas, muchas

de las cuales son efímeras y prontamente se olvidan. Y que aun siendo mucho el afecto que le dispensamos, pensemos en él como algo más que una persona. D. Jesús Martín Gallinar, lo queremos o no, forma parte de nuestras tradiciones y es ya, con todos los derechos, una institución indefectiblemente integrada en la configuración social de nuestro pueblo.

Nadie como él puede reclamar para sí la máxima de Virgilio en *La Eneida*: "Vixi, et quem dederat cursum fortuna peregrí". ("Viví y recorrió el camino que me había asignado la fortuna"). Y quienes fuimos señalados por la fortuna para acompañarle en su camino, sólo podemos manifestarle hoy reconocimiento y gratitud.

SEGUNDA PARTE

